

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS
VOCACIONES SACERDOTALES



EDITORIAL



En este segundo número de la revista vocacional que las diócesis catalanas publicamos en común, te ofrecemos, lector, algo que te interesará: una idea sobre la vocación tal como Dios nos la revela en la Biblia.

No es más que una idea: no hay cristiano sin vocación y no hay vocación sin misión, sin tarea a realizar.

Dios ha querido asociarse en sus dos grandes empresas —la creación y la salvación del mundo— al mismo hombre que ha creado y redimido.

Cada nacimiento y cada bautismo marcan la entrada en el mundo de nuevos colaboradores de Dios.

Cada nacimiento y cada bautismo obedecen a la voz de Dios que llama a la vida humana o a la vida divina.

Nuevas llamadas, nuevas vocaciones, van señalando a cada uno el puesto y la tarea a realizar en el mundo y en la Iglesia o Pueblo de Dios en marcha.

No hay llamada si no es para una tarea y no hay tarea sin una llamada o vocación previa.

Dios, que es justo, no señala a nadie una misión sin prestarle todo lo necesario para realizarla: cualidades y aptitudes naturales y gracias, derechos y poderes sobrenaturales.

Pero Dios llama respetando la libertad del hombre y del cristiano, de suerte que a estos les corresponde el mérito y la responsabilidad de la respuesta.

Como la empresa es inmensa, hay sitio y tarea para todos. Por eso las vocaciones son múltiples y variadas, pero se complementan, se necesitan entre sí y la fidelidad de unas depende de la fidelidad de las otras.

Vocación sacerdotal, religiosa, matrimonial. Vocación contemplativa, misionera, seglar... "Diversidad de dones, pero un mismo Señor; diversidad de dones, pero para una sola empresa: la edificación del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia".

Con motivo de la jornada del Seminario es lógico que nos fijemos en la vocación sacerdotal. Y aplicándole las medidas anteriores hemos de decir que:

La existencia, desarrollo, perseverancia y fidelidad de las vocaciones sacerdotales, dependen de la existencia de las demás vocaciones cristianas y de un modo especial, de la vocación matrimonial, como os expusimos en el número dedicado a la familia el pasado diciembre.

También hay que afirmar que todas las vocaciones cristianas son deudas del sacerdocio del que reciben el influjo sobrenatural y la mejor ayuda para su propia fidelidad y perfección.

Todos los cristianos son responsables del sacerdocio católico, así como éste es responsable de todos los cristianos.



Dice el Señor:

«Vosotros habéis visto lo que Yo he hecho a Egipto, y cómo os he llevado sobre alas de águila, y os he traído a mí.

Ahora si oís mi voz y guardáis mi Alianza, vosotros seréis mi pueblo entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa».

(Ex. 19, 4-6).

QUE ES LA VOCACION

las otras veces; ¡Samuel! ¡Samuel! Samuel contestó: Habla, Yavé, que tu siervo escucha" (I Sam. 3, 10).

Así a la llamada de Dios, debe corresponder una respuesta del Hombre. Respuesta dócil, llena de amor y confianza en la voz del Señor.

Para realizar una misión en el pueblo de Dios.

"El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieras su voluntad y vieras al Justo y oyeras la voz de su boca, porque tú le serás testigo ante todos los hombres, de que le has visto y oído" (Act. 22, 15-16).

—¿Qué es la vocación?— Difícil pregunta a la que sólo se puede responder con un corazón muy ancho, amando mucho.

La vocación es una amistad. La vocación es la voz misteriosa, pero llena de una maravillosa realidad, del Señor. Es el soplo del Espíritu que hincha nuestra pequeña vela Y Dios es un mar infinito surcado de innumerables velas que quieren llegar al buen puerto...

Una pregunta difícil. Y sin embargo, una pregunta de gran importancia de la que depende la orientación de nuestra vida.

Porque es una realidad que Dios llama.

"Llamó Yavé Dios al hombre diciendo: Hombre, ¿dónde estás?" (Gen. 3, 9).

Para que exista vocación, ha de existir una llamada, la llamada de Dios.

Dios es el Creador y Señor de todo lo creado y El es el único que con toda autoridad puede llamarnos.

Y el hombre responde.

"Vino Yavé, se paró y llamó como

Y HOMBRES DE TODOS LOS TIEMPOS HAN ESCUCHADO SU VOZ Y HAN SEGUIDO SU LLAMADA...

Dijo Yavé a Abraham:

"Salte de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré... Y emprendió el camino Abraham, conforme le había dicho Yavé".

(Gen. 12, 1-4).

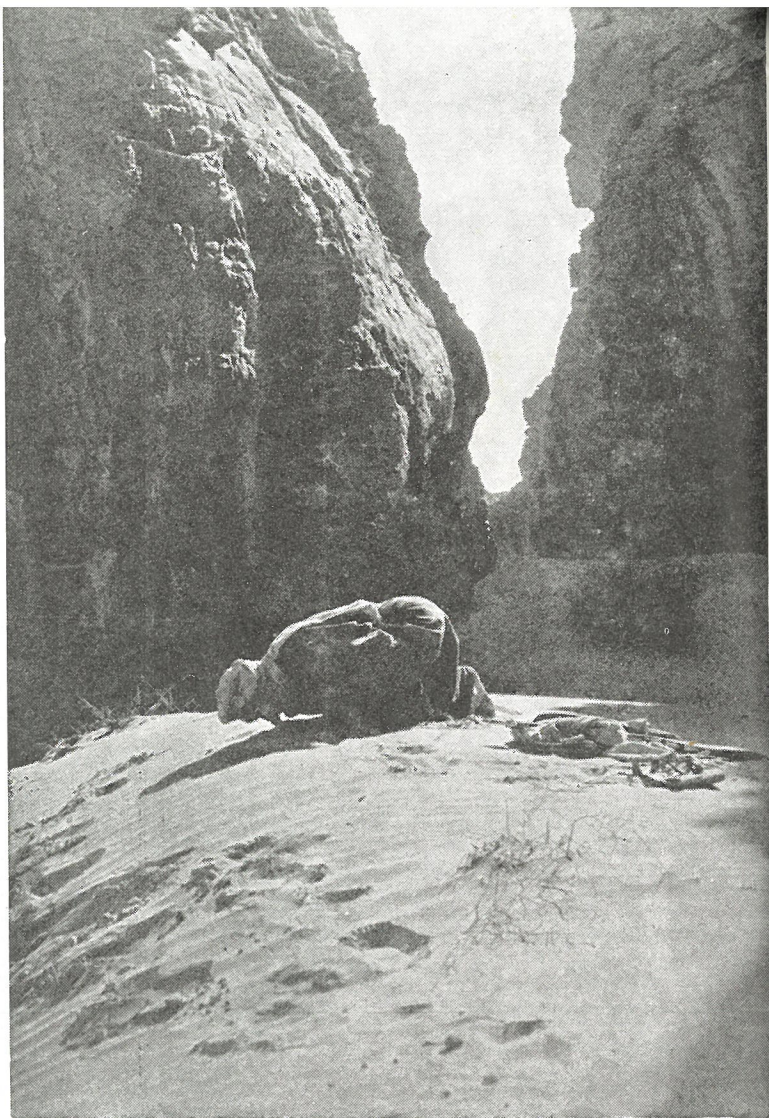


Abraham fue llamado cuando la vocación de Dios le hizo «padre de una multitud de pueblos» (Gen. 17, 15).

Todo el drama de esta vocación está encerrado en esta afirmación: Dios es lo bastante poderoso como para hacer nacer todo un pueblo de un vientre estéril. Con la paternidad de Abraham, Dios ha demostrado que el nacimiento de su pueblo sería verdaderamente una creación; la primera manifestación de su mano poderosa que se extendería a lo largo de los siglos para defenderle y salvarle. Toda la vocación de Abraham lleva la impronta de este mensaje dirigido primeramente al pueblo de Israel.

"Si uno de vosotros profetizara, yo me revelaría a él en visión y le hablaría en sueños. No así a mi siervo Moisés que es en toda mi casa el hombre de confianza. Cara a cara hablo con él, y a las claras, no en figura; y él contempla el semblante de Yavé..."

(Núm. 12, 6 - 8)



La vocación del pueblo de Dios aparece aun más claramente en Moisés.

Moisés es el mediador de la Alianza, lazo de unión entre Dios y su pueblo; él es el que se dirige a Dios, en nombre de todo el pueblo; el que interviene en su favor delante de Yavé, por medio de una plegaria continua.

Moisés, encarna —como Cristo— el sacerdocio real y todas las prerrogativas del pueblo escogido por Dios para ser su testigo. Por esto su vocación supera todas las demás vocaciones del Antiguo Testamento.

En el Antiguo Testamento, patriarcas y profetas, prepararon con su fidelidad al llamamiento de Dios, la venida del Mesías.

En el Nuevo Testamento, donde se cumple la Redención del mundo, el llamamiento del Señor, ha encontrado un eco generoso.

“En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen, desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; y el nombre de la Virgen era María. Y entrando a élla le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Y élla se turbó a oír estas palabras y discurría que podría significar aquella salutación. Y el ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin...

Y dijo, María: He aquí a la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra...

Evangelio según San Lucas, 1, 26-38.





"Caminando pues junto al mar de Galilea, vió a dos hermanos Simón, que llama Pedro, y Andrés, su hermano, los cuales echaban la red en el mar, pues eran pescadores; y les dijo: "Venid en pos de mí, y yo os haré pescadores hombres".

Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron. Y pasando más adelante vió a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan, su hermano, que en la barca, con Zebedeo, su padre, componían las redes, y los llamó. Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron..."

Evangelio según San Mateo, 4, 18-22.



"Y aconteció en aquellos días que salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios.

Y cuando llegó el día, llamó así a los discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes dió el nombre de apóstoles..."

Evangelio según San Lucas, 6, 12-13.

"Dando al olvido lo que ya queda atrás, corro hacia la meta, hacia la vocación de Dios en Cristo Jesús".

San Pablo en su Epístola a los Filipenses, 3. 13-14.

**DIOS
ELIGIO
A ISRAEL
PARA QUE
FUERA SU
PUEBLO;
LA
PORCION
ESCOGIDA
DEL
SEÑOR...**



*"Yavé, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo de su porción
entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra..."*

(Deut. 7, 6-7).

La Iglesia es el nuevo Israel, pero el Israel de Dios. Un pueblo adquirido por la sangre de Cristo, la Esposa inmaculada del Cordero, el pueblo de la Nueva Alianza que predijeron los profetas, sellada por la Sangre de Cristo, Pontífice Eterno.

Su Carta de Alianza y de elección no es la ley de Moisés, incapaz de comunicar la vida, sino el Espíritu Santo, que habita en los corazones de sus fieles. La Iglesia es el Reino de los Santos, anunciado por el profeta Daniel. Es el Cuerpo resucitado de Cristo que camina por el destierro de este mundo, con los estigmas de su Pasión gloriosa, llevando a todos los elegidos "llamados en Cristo Jesús" a la Jerusalén Celeste.



LA IGLESIA LLAMA

A diferencia de los Apóstoles que fueron llamados directamente por Cristo, ahora es la Iglesia quien por boca de los Obispos, llama y confirma a aquellos fieles que creen tener vocación para el Sacerdocio.

Que la Iglesia tiene jurisdicción sobre la vocación sacerdotal, resalta claramente en las palabras de la Constitución Apostólica "Sedes Sapientiae" del Papa Pío XII: "La vocación divina al estado religioso y clerical —dado que obliga a cada uno a llevar públicamente una vida de sacrificio y a ejercer un ministerio jerárquico con la Iglesia, sociedad visible y jerárquica—, debe ser en virtud de un mandato, aprobada, aceptada y regulada por los superiores, igualmente jerárquicos a quienes ha sido confiados por Dios el gobierno de la Iglesia".

A través de los largos años de preparación en el Seminario los superiores —delegados del Obispo— juzgan de la idoneidad del candidato y una vez aprobada esta actitud, es el Obispo, quien, en nombre de Cristo y de la Iglesia, llama solemnemente a los que se quieren entregar al servicio de Dios por el sacerdocio.



La Iglesia que es el "misterio de Cristo" continuado en el tiempo y en el espacio, es la encargada por el mismo Cristo, su Cabeza, de comunicar a los fieles su misión.

La misión, la llamada del Señor por medio de su Iglesia, reviste múltiples formas:

Los contemplativos, los religiosos y religiosas.

Los primeros se entregan a una vida austera



de recogimiento y oración, de penitencia y de estudio para alcanzar la perfección evangélica por medio de una conversión de su vida, que redunde misteriosamente en un bien para toda la Iglesia.

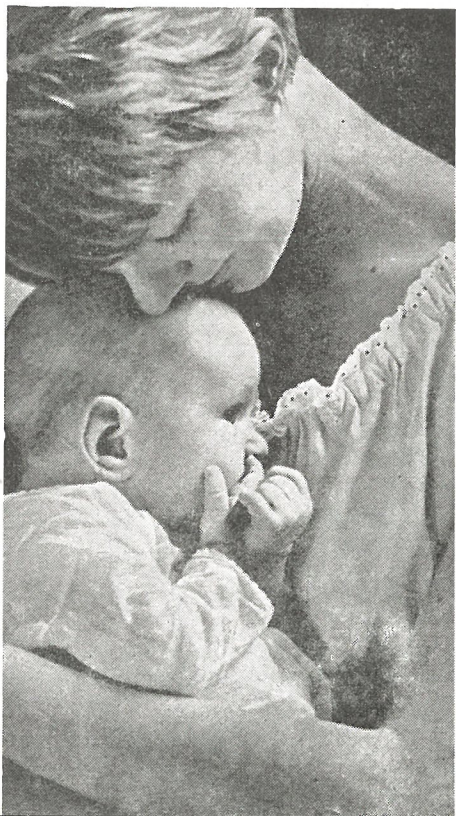
Los religiosos y religiosas se consagran al Señor en las múltiples facetas de las diversas órdenes y congregaciones religiosas, por medio de una vida perfecta en el cumplimiento de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia.

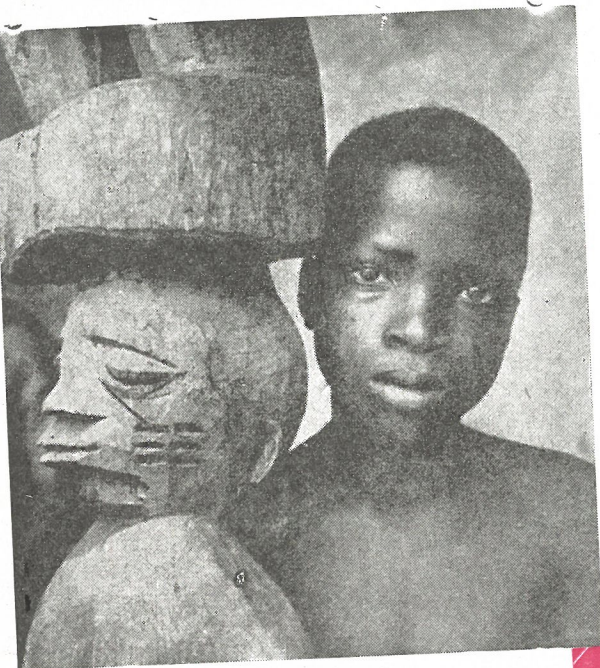
Los sacerdotes, son los "Ministros del Sacrificio y dispensadores de los misterios de Dios". La ordenación sagrada los constituye para ser los que oficialmente ofrecen a Dios el sacrificio Eucarístico. Son ellos los que predicán la Palabra y distribuyen los Sacramentos. La ordenación sagrada les exige una santidad de vida y costumbres.

Los seglares. Miembros del mismo Cuerpo de Cristo, "sacerdocio real y pueblo elegido" en frase de San Pedro. Son los encargados dentro de la Iglesia de "consagrar" para Dios las estructuras de este mundo, de ser testimonios de Cristo.

Es en el matrimonio donde ordinariamente realizan su misión, santificando así la primera célula de la vida de la Iglesia, que es la familia cristiana.

Religiosos, sacerdotes y seglares forman armónicamente el misterio del Cuerpo místico de Cristo, que es la Santa Iglesia.





"Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado..."

Evangelio según San Mateo, 28, 19 - 20

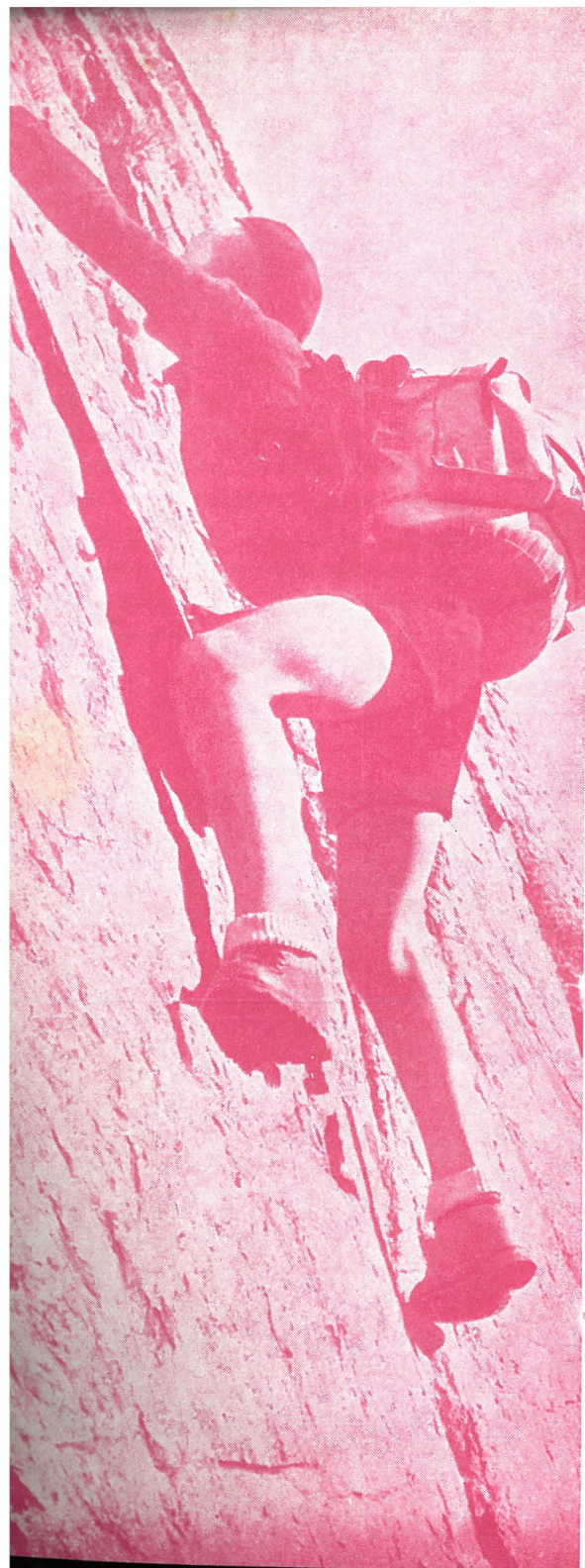
Los Obispos, sucesores de los "doce", son en principio los responsables de su Iglesia particular, la "diócesis", pero comparten con el sucesor de Pedro la carga del pastoreo universal de la Iglesia.

Los sacerdotes —cooperadores del Obispo—, no pueden ceñir tampoco sus miras a horizontes demasiado cerrados. Su anhelo, su celo y su misión —hoy más que nunca—, debe abarcar a toda la Iglesia. La vocación al sacerdocio es vocación a la universalidad.

La Iglesia necesita hoy "sacerdotes del mundo", sea donde sea para llevar el fermento del Evangelio a todos los hombres.

Circunscribir egoísticamente las miras sacerdotales a límites demasiado mezquinos, sería asestar un golpe mortal a la propia vocación.

La legión de misioneros y misioneras de la Iglesia en todo el mundo, es un exponente de la "vocación" católica y apostólica de la Iglesia de Cristo.



LA voz de Dios que convocó a los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, la voz del Señor que llamó a los apóstoles y discípulos del Evangelio, continúa hoy, con la misma seductora intensidad, llamando a los hombres.

He aquí, unos testimonios vivos, pletóricos de juventud, arrancados de la vida real, que gritan muy fuerte, que el Señor sigue llamando, y que los hombres siguen aun respondiendo a su reclamo amoroso...

—“Al fin consiguieron que me embruteciera con aquella revista —la ha traído Santi de París—, me dijeron; pero quién iba a decirles, que después, por “revancha” les habría de ganar para Cristo...”..

“Estábamos en lo más difícil de la escalada, faltaban pocos metros para llegar a la cumbre, y el “pater”, viendo nuestro cansancio gritó: “el que sea valiente que me siga”, y pensé repentinamente ¿por qué yo no?”



"Fui con mis compañeros del Colegio a visitar el hospital; llevábamos algunas revistas para los enfermos. La verdad es que a mí me daba mucho reparo todo aquello, el olor penetrante del éter me mareaba... Pero fue el ver como el Capellán se abrazaba a un pobre hombre que padecía asma, cuando pensé que era hermoso amar así a los demás..."

"Había estado toda la tarde bailando. Cuando salí a la calle era ya de noche y tenía dolor de cabeza. Sinceramente, me había aburrido el "guateque". Cada domingo lo mismo.

No sé por qué, quizás para librarme del ruido que aun zumbaba en mis oídos, entré en una Iglesia; estaba casi desierta y me arrodillé cerca del Sagrario; entonces sentí como si Cristo me dijera: "Anda ven y sígueme". Después, bueno, lo de después es todavía más largo de contar..."



Un hombre, Carlos de Foucauld —el Francisco de Asís del siglo XX—, escuchó la voz del Señor que le llamaba y la siguió. Así, sencillamente, como quien cumple una obligación de todos los días.

Foucauld se hizo pobre con Cristo pobre. Fue una alabanza pura y agradable al Padre. Una sencilla oración que él mismo compuso resume maravillosamente toda la generosidad de su corazón, toda la prontitud de su respuesta, todo el abandono de su vida en Dios...

“PADRE

me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se cumpla en mí
y en todas tus criaturas;
no deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma
te la doy
con todo el amor de que soy capaz
porque te amo
y necesito darme,
ponerme en tus manos
sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre”.



La vocación es el soplo del Espíritu que hincha nuestra pequeña vela. Dios actúa donde quiere y cuando quiere. No sabemos por qué, no sabemos cómo. Dios es un mar infinito surcado de innumerables velas. Hay cristianos que las arrian cuando se levanta el soplo divino. Tienen miedo de abandonar la orilla. Demasiados cristianos tienen miedo de Dios. Algunos, los que le aman, se fían de El. No saben qué les espera, no lo saben, pero confían. Son cristianos que no piden definiciones, se lanzan sencillamente Mar Adentro.

B O L E T I N

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Marzo 1964

NUMERO EXTRAORDINARIO, 173

Centro Diocesano - Diputación, 231

BARCELONA (7)

ARTIS-LERIDA